

6

¡Aquí estás! Enfrentado a ti mismo en el espejo
Ahora un fuego se enciende en tu camisa.

7

Te invade el corazón la tristeza de la noche española y la nieve
de los bosques rusos. Caes enfermo de lo alto de la silla.
Te devora la fiebre. Gritas, pero los gritos se pierden en el viento.
¡Socorro!... Un hombre se abrasa ahora, solo, en su cuarto,
se aferra a la tinta y a los papeles. Bujara, con sus azules
alminares, reza a los ríos salvajes en lo profundo de la noche,
mientras los árboles salmodian las aleyas de Zaratustra:
la primavera de unos pueblos nace de los granos de trigo y de las
creaciones del viento. Mientras tú rezas al pueblo aterrado,
desnudo desde el límite del agua al límite del agua. Dibujas
un mapa para los ojos de las adoradas y las diosas de los destinos.
Caes desde lo alto de la silla, enfermo, sobre el mapa en blanco.

8

¡Mujer del Himalaya y de las altiplanicies de los Andes! ¿Por qué
duermen los montes de esmeraldas sobre el lecho de las lluvias?

9

El poeta muere, exiliado, suicidado o enloquecido; esclavo
o servidor, en estas regiones negras, en estas jaulas doradas.
Donde el pueblo desterrado, desnudo, desde el límite del agua
al límite del agua, muere despacio bajo los azotes del terror.
Solo, aislado, privado, abandonado, al lado de las jaulas.

10

¡Serás, mujer, serás!
Confesaré tu amor al viento y a los árboles
Y sobre el mapa en blanco escribiré tu historia nuevamente.

3-III-1977

MOTES Y APODOS MANUEL LUNA

Erase una vez un planeta llamado Tierra. Allí, durante siglos, los hombres trabajaron incansablemente para vivir mejor. Enormes convulsiones de todo tipo abrieron una nueva etapa en la historia de aquellos seres. Estamos en la Edad Contemporánea, se decían unos a otros.

Fueron los contemporáneos unos personajes que desarrollaron ciencia y técnica, hasta límites insospechados.

Un buen día, ante el afán de bienestar del mundo Tierra y sus necesidades, los dueñecillos del bosque de residuos nucleares decidieron volverse bordes y hacer la pascua al personal. Se inventaron un plan para tecnificar todo el universo y en ello utilizaron un viejo truco: tornar al mundo del revés.

Desde este momento todo fue distinto: el aire irrespirable de la polución sería sanísimo; los bloques de las ciudades, esculturas perfectas; la incomunicación entre las personas sería su mejor vínculo; ya no habría necesidades colectivas ni pensamientos profundos. El individuo vegetaría permanentemente. Lo demás..., todo lo demás, correría a cargo del «progreso»...

Pudiera ser lo anterior el comienzo de un cuento de ciencia-ficción, si no fuera porque la realidad de este siglo se parece excesivamente...

El desmesurado e irracional avance de la técnica al servicio del consumo, lejos de «facilitarnos la vida» más allá de las previsiones iniciales materiales, está generando una pérdida progresiva de los perfiles de identidad de los pueblos. Los modos de vida hasta ahora conocidos se abren en una profunda crisis existencial, sin que sean claras posibles fórmulas de recambio a largo plazo. Un desafío hasta hoy no conocido reta al hombre de nuestro tiempo. La creciente industrialización vino acarreado unas corrientes migratorias que concibieron un nuevo modelo de individuo, con dificultades insalvables para sostener puntos de relación cultural con la comunidad de origen. Hacinados en los barrios de las grandes urbes, comenzaron a aparecer masivamente los «desarraigados culturales». Mientras tanto, los núcleos rurales van asistiendo impotentes al resquebrajamiento de su equilibrio social.

Por si fuera poco, los medios de difusión bombardean con imágenes universales hasta el uniformismo más vulgar. Asistimos como invitados de honor al nacimiento del estandarismo cultural; algo nuevo sabido por todos que no es en realidad de nadie. La participación personal deja de ser necesaria en el proceso de gestación de la cultura. Usted puede tenerlo todo resuelto si acepta la norma; apriete un botón, mire pero no vea; esuche pero no entienda; compre y compre hasta tenerlo todo; desconecte su cerebro y siéntase cómodo; no piense, no hace falta, nosotros lo haremos por usted con sumo placer.

Junto a una razonable crisis económico-política, el problema hoy afecta no ya a la parte, sino a la totalidad de la sociedad en su más profunda razón de ser. Las pautas de conducta ya no responden a la moralidad tradicional de las clases dominantes. La cultura

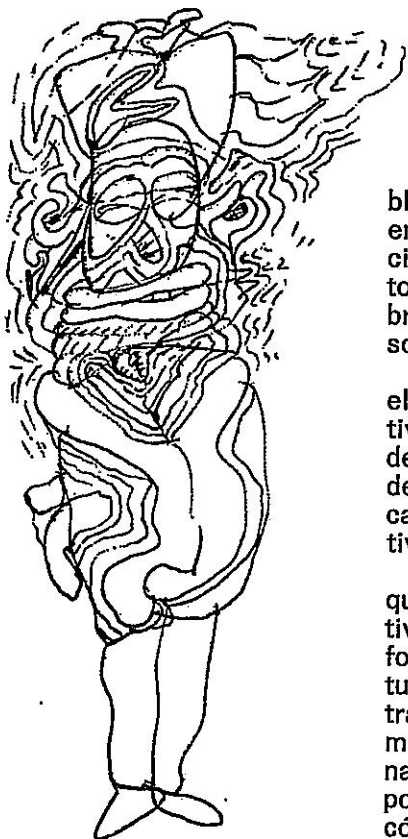
estándar es el último y demoledor recurso de quienes a todo trance no se resignan a aceptar su derrota. Para mantenerse precisan adormecer a un público que si no les aplaude tampoco pueda recriminarles, y para ello nada más oportuno que sembrar la apatía a través del sofisticado aparato ideológico del Estado.

No es accidente que sean precisamente los investigadores de ciencias sociales los primeros en el intento de interpretar esta situación. No en vano disciplinas como Antropología, Etnología, Folklore, etc., se encuentran en cambio respecto a su objeto específico: el estudio por el estudio de lo antiguo, lo atrasado, y la manipulación de estas ciencias por el colonialismo moderno ve descubierta su trama. Ahora lo tradicional y popular permite avanzar en la búsqueda de las identidades de los pueblos.

Vaya por delante, para los asustadizos, que no pretendemos volver a la espartaña y la montera, ni mucho menos instaurar la moda de ponerse zaraguëlles. Habría que imaginarse a los madrileños en almadreñas por la Gran Vía para equivocarse el propósito. Sería ridículo entender que pretendemos medievalizarnos cual carcamal de turno. Saber de dónde venimos es lo menos que se nos puede ocurrir para comprender el entramado que se nos presenta de frente; se trata de engancharnos a nuestras raíces, que, al fin y al cabo, es la referencia cultural más próxima.

Sobra aburrimiento en una sociedad que canaliza engañosamente la participación individual, únicamente a través de estructuras políticas aparentemente democráticas. Hace falta mucha «marcha» para poder frenar el uniformismo creciente y el primer paso requiere una clarificación, que predisponga a la persona a la actividad y al cambio. Es oportuno mirar atrás para sentar nuevos objetivos hoy.





Gráficamente, el planteamiento del problema lo detalla don Julio Caro Baroja: nos encontramos ante el paso de «una cultura o civilización teatral a una civilización cinematográfica»... «El hombre convertido en sombra, contempla inquieto lo que hacen otras sombras en la pantalla» (1).

Recuperar la ilusión por participar y elaborar nuestros propios movimientos colectivos es ir de la pasividad a la actividad, del desencanto a la apertura de nuevos modelos de vida, con los pies en la raíz cultural de cada pueblo y la mente abierta en perspectivas de futuro.

También saludaremos a los escépticos que niegan la existencia de una auténtica creatividad popular, aduciendo que las fórmulas folklóricas no son sino copias burdas de culturas superiores. La influencia de la élite letrada ha sido grande en ambientes de transmisión oral, pero el efecto de boomerang nadie lo puede omitir. Los estratos sociales populares crearon desde siempre su propio código cultural, paralelamente a la corte y a la academia, sirviéndose de una dialéctica de transmisión oral a través de generaciones. En este sentido me parece sugerente la argumentación de Propp, cuando comenta el origen de la analogía de los temas del cuento folklórico. «Con el nacimiento de la cultura feudal, los elementos del folklore se convierten en patrimonio de la clase dominante; sobre la base de ese folklore nacen los ciclos de leyendas heroicas como Tristán e Isolda, el Canto de los Nibelungos, etc.» (2).

(1) J. Caro Baroja: *La Estación del Amor (fiestas populares de mayo a San Juan)*. Ed. Taurus, Madrid, 1979.

(2) Vladimir Propp: *Las raíces históricas del cuento*. Ed. Fundamentos, Madrid, 1979, pp. 534-535.

Sin caer en el total relativismo, aceptaremos como válida una fórmula: la de la interacción de dos culturas distintas, coetáneas y paralelas; una tradicional-popular, la otra tradicional-cortesana. En cualquier caso se ha dado la creatividad que, sobre concepciones diferentes, es atributo inherente a la persona y al grupo social, es una calidad específica de la naturaleza humana.

MOTES, Y APODOS

Los sobrenombres, motes y apodos operan como verdaderos termómetros del comportamiento de una comunidad y marcan la relación individuo-grupo en este contexto.

Para W. A. Christian, Jr., «los roles se consagran en apodos» (3), el papel a jugar por un individuo en una colectividad, su peculiar forma de relacionarse con ella, es captado por el mote más allá del nombre y apellidos, considerados en sí mismos una incoherencia innecesaria en la vida cotidiana y el trato.

Tanto en barrios de algunas ciudades españolas, como en industrias de cierto tamaño y antigüedad, y más aún en el campo; allí donde surge una relación interpersonal de cierta intensidad, aparecen los sobrenombres. Es permanente la creación de una toponimia paralela aún hoy, por más que los niveles sean varios.

Las áreas rurales, mejor que las urbanas, facilitan una imagen exacta del tema. Pese a las trabas de la emigración, en los pueblos se dan factores y condicionantes bá-

(3) William A. Christian, Jr.: *Religiosidad popular*. Madrid, 1978, pp. 42-45.

sicos que permiten, con ciertos problemas, mantener el hilo generacional y de parentesco suficientemente para concebir el ambiente apropiado para el uso del mote. Se conocen y comunican diariamente los abuelos, los padres y el sector juvenil empleado en la localidad. La asiduidad en el trato intergeneracional sabe de un individuo, y no sólo de él, elevando el nivel de conocimiento a todo el grupo. Es un entramado perfecto por el que cada uno mantiene un papel en la vida pública del dominio de todos. Más allá, el nombre de pila es como un resquicio de intimidad; sin embargo, el apodo es lo que queda cuando deja de existir el individuo, por él serán recordados sus actos singulares en cualquier narración de sus sucesores y paisanos.

Así es como viene a configurarse la otra historia, la oral, ese conglomerado de gestos, detalles, acontecimientos, etc., que han sido transmitidos por siglos describiendo toda una forma de vivir, independiente del refinamiento cortesano y la sofisticación. Detrás de cada institución tradicional-popular hay muchas personas, para las que reivindicamos, como mínimo, el reconocimiento de su propia historia que, al cabo, es el origen de la nuestra misma.

La infrutilización de la oralidad y su sustitución por una visualidad manipulada y dirigida, no ha reportado ningún beneficio más lejos del que obtienen sin escrúpulos los «estudiosos de mercado». Vale la pena estudiar las raíces para identificar palancas que consigan para estos días una nueva realidad. La batalla está planteada entre un mundo de participación rico en imágenes y perspectivas y otro que pretende inclinarnos a la pasividad y a la atonía.

Hemos buscado como punto de aproximación al estudio apodo una composición singular que nos llamó poderosamente la aten-

ción. Su autor, don José Picazo, vive y trabaja en Tarazona de la Mancha (Albacete), un municipio situado en la ribera del Júcar, donde la Mancha viene a convertirse en Manchuela. Camino entre la meseta y el País Valenciano, esta localidad cuenta con unos siete mil habitantes: plaza castellana, casino, iglesia y Ayuntamiento.

Don José compone «poesías», «ripios» y «retahílas», cosa que alterna con algún que otro sainete. El mismo nos señalaba que aún faltan muchos motes en su trabajo, a pesar de haber retratado a casi todo el pueblo en una lista cuidadosamente ordenada en tono ingenioso y lleno de simpatía. Por nuestra parte, tuvimos cierto reparo en dar a la luz la composición, pues con ello saltamos a la torera sobre un aspecto importante del uso del mote. Este no transgrede el marco de la comunidad, pues tan sólo en ella alcanza su pleno significado; sacado de su contexto el apodo carece de sentido en sí mismo.

CARACTERÍSTICAS DE LOS APODOS

Sentar norma fijas aquí resulta complicado, por la cantidad de factores que concurren en la fijación de un apodo.

Parece comprobarse que la aparición del mote tiene lugar en la escuela y en la adolescencia, por ser unas etapas clave en la fijación de la personalidad del individuo. En fases ulteriores pueden o no mantenerse, según la trayectoria de cada persona.

Los pretextos para la adjudicación del apodo son variados: un rasgo físico peculiar, un hecho ocurrido, el parecido a un animal o cosa, incluso la permanencia de modificaciones del nombre o apellido adquiere un sentido de mote. Se trata de una actitud social que responde a un consenso implícito en el



grupo, por el que hombre y mujer se vinculan a él, mediante un rasgo familiar conocido por todos.

La caracterología del mote viene a resumirse así:

— La aplicación es indistinta a ambos sexos.

— Se suelen dar como mínimo dos tipos de apodos compatibles en un mismo individuo:

a) Particulares: o alusivos a un persona y solamente a ella.

b) De parentesco: heredados por línea paterna casi siempre, afecta al núcleo familiar, aunque sólo sea un hijo quien lo mantenga en tradición (los Silverios, el Silverio). La continuidad cae sobre quien más se considera apegado a la familia, en muchos casos por continuar el oficio o dedicación paterna. Además, si recae en el hombre se debe a que éste tiene ventaja sobre la mujer, en la relación social que sostiene aún fuera de casa.

— La mujer arrastra su apodo de parentesco en función de su núcleo familiar de origen, aunque suele adquirir el del marido. Con todo ello aún puede seguir con otro mote particular:

Antonia la de «los Mañas» (relación a los padres).

Antonia de «el Compadre» (relación conyugal).

Antonia «la Pereta» (relación a sí misma).

— El hijo que no continúa el apodo de heredad, dado a otro hermano, se vincula al particular, siguiendo el proceso con los sucesores.



— Las normas de heredad de los motes pueden suprimirse cuando los mismos sean molestos o de mal gusto o simplemente por un olvido consciente. Por otro lado, estas generalizaciones no son extensibles, por principio, a toda la comunidad pero, de darse, responden a lo indicado.

— La temporalidad de un mote puede variar desde varias generaciones a unos pocos años. Todo depende del carácter del individuo y su mayor o menor arraigo en la colectividad.

RELACION DE MOTES DE TARAZONA DE LA MANCHA (ALBACETE)

Autor: Don José Picazo Picazo,
de la Unión Musical «LOS DE SIEMPRE».

Esta recopilación y estudio ha sido elaborado con la colaboración y apuntes de Miguel Lucas.

Queridos espectadores:
os voy a dar relación,
si me ponéis atención
las señoras y señores,
de lo que vi en Tarazona
este año que estuve de fiestas,
¡eso es mejor que en Pamplona!,
allí no hay gente como ésta.
Me llamaron la atención
al ver tantos «pajarines»
y muchos más «colorines»
junto con «el perdigón»,
«el canario» y «los mochuelos»,
«el golondro» y «pardilletes»,
«josepes» y «tirabeques»,
«carajilli» y «los canelas».
Sin «palomas» se quedaron,



según dice «rebujina», pero tienen «cuco» y «pollo», «los pavos» y «golondrina». Los «culebros» y «lagartos». También hay «tigre» y «león», el «caimán» y «un mamón», ¡éstos sí que valen cuartos! Tienen «mañas» y «mañoso», «botija» y «botijón», los hijos del «peritán», «rata», «raticha» y «ratoso». También hay varios colores, los «pintaos» y «coloraos», los «píos» y los «manchaos». «Alfonso» y «Mané», pintores. Hay «pelones» y «pelaos», un «rojillo» y un «rojete», varios «morenos» y «un negro» y, cuando viene, «totete». Están «simbolo» y «bololo», «bolo», «boliche» y «bolete»; en la «Parreña» está «Polo», y en el frontón, «Alvarete». Hay «títeres» y «payasos», «tambores», «pita» y «clarín», el «perruco» y «el perrín», el «tunde» y «el pelagatos». Hay «galgos» y «gorrinicas», los «carruchas» y «sogueros», las «zancas» y «aguardenteros», «caracartón» y «cosicas». Hay «pleita vieja» y «serujos», «jaretosas» y «capachas», «calabaza» y «dos garrafas», el «pellejero» y los «pujos». Hay «putas», «putos» y «putetes», «melón», «melán» y «melana», «muchos monos» y «una mona», «pisahuevos» y «cohete». «Dos duros», «perrilla» y «céntimo», «nariz antigua» y «el seto». «Cientos», «caramitato»,

un «pedorro» y un «peseto». Están «peliche» y «el chiche», «barriguete» y «la moquique», «brazos largos», «brazos secos», «machocas» y «el chato», «el trullo», «alpiroz» y «martinejo», «cuarto alto» y el «grullo». «Chicharras», «abeja», «mosquita», «chinche», «pulga» y el «piojo», «aberracantos», «el cojo», «farruco», «fanegas» y «pita». «Rijos», «rijas» y «musina», «chacóna», «pachán» y «pachona», «pilero», «pilon» y «pitrona», «escarabajo» y «titina». «Panza», «buche» y «el pancero», «matazón» y «la tocina», «matoque» y «boca de topo», «el chuni», «chino» y «china». «Ribera», «ríos», «reguera», «juncos», «capullo» y «flores», «maletonas» y «colleras», éstos son de los mejores. «Duendes», «chulos» y «soldadetes» que tienen «dos batallones», «carabinas» y «fusiles». «Macario» y los «garrampones», «palancas», «polverilla», «carreras» y «carrerichas», «marragolpes», «patarrilla», el «pistolo» y «pistolichas». Hay «gordos» y «gorditos», «pitoloín», «chicha» y «chirrín», «altomiras», «carifñitos», «la torromba» y «torrombin». Hay «huecos» y muchas «rayas», «matacanes» y «cerrajeros», ya lo verás cuando vayas, «contumenios» y «tederos», «tito», «tuto», «tatos», «tetes». «paícho», «patas», «padrinas», «gatara», «gatoa» y «gatas»,

«chapindao», «chana» y «manichas». No hay sabios, pero hay «sabinos»; no hay «paletos», son «paletas», «meraquetas» y «cometas», «quilimacos» y «longinos», y no tienen «cocinero», pero tienen «cocinao», con «perolas» y «cucharas» hacen muy buenos «guisaos», con «patatas», «arroz» y «habichuelas», «potajes» y «caldocrillas», «sopichas» y «Juan pescaos», «renrés» y «soletillas», «aceitas» y «cebolletas», «mojes» y buenos «almuerzos», «manzanas» y «naranjetas». «Cagarrín» y «los caguetas» sin nevera tienen hielo. Un «petaca» con «orejas», «sacarrunes» y «crillejas» y un «camión» de «pelos». Se crían buenas «manzanas», las «uvas» son de «bobal» y un «almendro» en el que hay buenos «juegos de manos». De naipes está muy mal: «la sota» y «el ocho de oros», hay «moritas» y hay un «moro» y el «pescuezo de Pascual». Hay «pilines», «puñemeras», «los pinelas» y «pinares», «piñón», «piñero», «piñera», las «silleras» y «canteros», los «bordes» y los «bordiles», los «Alicantes» y «murcianos». «Ramoneto», «rametes» y «ramos». No hay huesos pero hay «ternillas»; siempre «el diablo» con «carreras» porque quieras o no quieras es «ingeniero» en la villa. Aquí nunca tienen penas, «penurrios» unos poquitos.



«Pernales» y los «majitos» y «Alonsín» poniendo «antenas». Hay «vendimias» y «pinchauvas», un «burro» y «dos medias burras», «Juanaco», «chamaco» y «pijaco», «montalhombro» y «montaburras». Hay «ahorcados» y un «limonero», «faciosas» y «recanijas», «paragüeros» y el «pañero», «cuchillero» y el «torero», «Morella», «cacumen», «tablón», «tuerto de cabos» con «ganga», «cucalás», «Juan-rán», «josán», «martinollas», «gilicos» y «grillos». «Amantes» y «morondeses», los «pallusas» y «sequetes». Hay «santos», «santas» y «ruchenas», «mocos», «coleta», «coleta» y dirán que en to' me meto. «Saturna», «raro» y «cadenas», está «carrasca» y «guijarro», «igualada» y «migajas», «jolle», «telle» y «mamarro», los «culichos» y «pinchajas». «Desorejao», «maño» y «suso», «la loca», «liebres» y «zorras», «suizo», «sultán», «chino» y «ruso», «papaje», «nises», «jimorra», «las zorretas» y «el zorro», «chalán», «lobico» y «el ñoño», «Santa Lucía» y «macorro». De aceite divinamente están los tres aceiteros: «Santiago», «Paco» y «Clemente». Para miel, «los colmeneros». «Rebulle», «cadillos», «madriles», «motos», «camión» y «tartana», «campanillas», «cascabeles», «el sapo», «rano» y «rana». Hay música y «musiquillas», tocan muy bien el trombón, están «San Pedro» y «Juanón»,

«el fraile» y «los curillas»,
«agonías» y «bisera»,
«lorete» y «pechito duro»,
Ventura «el tejedor»
y su suegro «el Venturo».
Hay «chotos viejos» y «feos»,
«culo de oro» y un «chorrón»;
el que lo quiera encontrar,
que lo busque en la inspección.
Termino mi relación
y que con buen fin obro,
son versos sin mala intención
de «TENTE» pa mientras cobro.

Tarazona, 1980.



DE UN PLUMAZO

¿Y si el Premio Planeta 1980 estuviera ya atribuido?

¿Y si el Premio Planeta 1980 fuera Fernando Sánchez Dragó?

El Premio Planeta 1980 ya está atribuido.

El Premio Planeta 1980 es Fernando Sánchez Dragó.

Vamos a tratar de rellenar con razones el espacio que media entre la interrogante y la afirmación. Con razones. Porque la interrogante sigue y la afirmación no es sino simple elucubración. Por ahora. Y hasta enero.

Pero los condicionamientos de la interrogante son óptimos para que la afirmación se materialice.

Óptimos para Fernando Sánchez Dragó.

Óptimos para el concesionario del Premio, el señor Lara.

El primero tiene una rampa de lanzamiento con su programa de Televisión desde el que ya ha hecho sus pruebas de eficacia con las 17 ediciones de su Historia Mágica.

Lo que para el segundo supondría un ahorro publicitario incalculable.

El segundo ofrece diez millones.

El primero no tendría más que poner la mano.

La fiesta hubiera sido completa si el inefable La Cierva continuara de Ministro de

la Cultura. Habría entregado el Premio Planeta con sus propias manos, enredado en la intriga/urdida, por supuesto, sin su complacencia.

De todos modos, el señor La Cierva, ex Ministro, sigue siendo planetario, por aquello de estar siempre en la Luna.

Con UCD no puede esperarse otra cosa; Clavero, Cierva, Cavero, suena a Ministerio de la C. Como dirían los castizos, el Ministerio de la «coña». ¿Cuándo pasarán de letra?

Indudablemente, no con UCD. Porque la siguiente letra, D de Democracia, no cuadra con los planes culturales de dicho partido. Aunque esta letra se encuentre incluida en sus siglas. Hasta ahora sólo han hecho gala de la C.

No por cultura, sino por lo otro.
Pero volvamos a lo nuestro:

¿Y si el Premio Planeta 1980 fuera Fernando Sánchez Dragó?

Pues la verdad es que a nosotros nos parecería muy bien, bajo ciertas condiciones.

Que Planeta cambiara de dueño.

Que Fernando Sánchez Dragó no hubiera hecho ya sus pruebas como propagandista de su propia obra desde el programa televisivo que hace gracias a nuestros impuestos.

Que Televisión fuera otra cosa que un instrumento en manos de quien está.

Que Sánchez Dragó no sea ministro de Cultura.

Que su novela fuera la mejor de todas las presentadas al premio.

Que en este país no hubiera corruptela.

Pero si todas estas condiciones se cumplieran sería cosa de creer en la magia.

Y a las puertas del siglo XXI, tras cinco años de hablarnos de democracia, los es-

pañoles no creemos ya en historias mágicas... ni siquiera en la de España, por mucho que se esfuerce en convencernos el cuasi posible ganador del Planeta 1980: el señor Sánchez Dragó.

EL PLUMIFERO